

Lee atentamente la siguiente información y realiza el resumen en párrafos enumerados.

Conflictos y movimientos sociales

Con el inicio de la industrialización, el aumento del comercio exterior y la economía exportadora de café surgieron nuevos sectores sociales. Uno de ellos fue el de los obreros, el cual creció a la par de la consolidación del capitalismo en el país. Otros actores sociales que se organizaron y movilizaron fueron los indígenas y los campesinos.

Artesanos antes que obreros En un comienzo, el número de obreros frente a los artesanos era bastante bajo. Por lo tanto, el artesano, un trabajador manual calificado y dueño de su taller o lugar de trabajo, fue el principal encargado de dirigir las luchas y los movimientos sociales durante las dos primeras décadas del siglo XX.

Para tal fin, los artesanos se organizaron con los obreros y fundaron asociaciones como la Unión de Industriales y Obreros en 1904 y la Unión Obrera Colombiana en 1913. Mediante estas organizaciones, los artesanos le transmitieron una tradición organizativa y combativa a los obreros. Más adelante, estos relevaron a los artesanos en la dirección de las luchas y movimientos sociales. Así surgieron asociaciones como el Partido Obrero en 1916 y la Asamblea Obrera en 1919.

Características de los obreros El perfil de los obreros clásicos, es decir, empleados en enormes complejos industriales que realizan tareas mecanizadas, no correspondía con las características de nuestro país. Los obreros colombianos eran los trabajadores asalariados que laboran en la trilla de café, el procesamiento de alimentos, los textiles, los cultivos de bananos, las petroleras, las obras públicas y el sector de los transportes. Desde un inicio la clase obrera estuvo compuesta por mujeres, pues ellas eran las más contratadas en la industria textilera.

La huelga: principal forma de protesta La forma de protesta que aplican con mayor éxito los obreros colombianos fue la huelga. Inicialmente, esta consistió más en un estallido espontáneo de inconformidad que en una acción planificada y calculada con anterioridad.

Una de las primeras huelgas de las que tenemos noticia en nuestro país, fue la que convocaron los artesanos de Bogotá en 1919. Posteriormente, vinieron otras huelgas, como la de los mineros en Segovia (Antioquia) en 1919 y la de los trabajadores del ferrocarril de La Dorada (Caldas) en 1920. Al mismo tiempo, se llevaron a cabo movimientos de protesta campesinos en distintos lugares del país.

En los años siguientes de esta década, los movimientos huelguísticos se hicieron más fuertes. La huelga más conocida del periodo, que terminó en hechos lamentables, fue la de los trabajadores de la United Fruit Company en diciembre de 1928. Este hecho se conoce como la masacre de las bananeras. Durante la República conservadora, las huelgas fueron duramente reprimidas y las peticiones de los trabajadores, poco escuchadas. Esta situación solo comenzó a cambiar con la llegada de los liberales al poder en 1930.

El movimiento indígena Durante 1911, y como consecuencia de la reforma administrativa llevada a cabo el año anterior, la zona del Gran Cauca, que comprendía los actuales departamentos de Chocó, Valle, Cauca, Nariño, Putumayo, Caquetá y Amazonas, se dividió, lo cual llevó a empresarios payaneses a comprar tierras ubicadas en la cordillera Central, que utilizaron para la ganadería. Esta situación desmejoró las rentas de los indígenas, porque los hacendados les impusieron restricciones a cambio de trabajo, que consistían en reducir sus terrenos, la prohibición de sembrar en lugares apartados y la obligación de poner cercas. Un líder indígena paez de gran ascendiente sobre sus coterráneos, Manuel Quintín Lame, hizo grandes esfuerzos para que los resguardos fueran respetados y para conseguir representación indígena en el Congreso.

Lee el siguiente texto en el que Gabriel García Márquez recrea la masacre de las bananeras en “Cien años de Soledad”.

Así vivió José Arcadio Segundo Buendía la histórica represión:

La huelga grande estalló. Los cultivos se quedaron a medias, la fruta se pasó en las cepas y los trenes de ciento veinte vagones se pararon en los ramales. Los obreros ociosos desbordaron los pueblos. La calle de los turcos reverberó en un sábado de muchos días, y en el salón de billares del Hotel de Jacob hubo que establecer turnos de veinticuatro horas. Allí estaba José Arcadio Segundo, el día en que se anunció que el ejército había sido encargado de restablecer el orden público. Aunque no era hombre de presagios, la noticia fue para él como un anuncio de la muerte, que había esperado desde la mañana distante en que el coronel Gerineldo Márquez le permitió ver un fusilamiento. (...)

La ley marcial facultaba al ejército para asumir funciones de árbitro de la controversia, pero no se hizo ninguna tentativa de conciliación. Tan pronto como se exhibieron en Macondo, los soldados pusieron a un lado los fusiles, cortaron y embarcaron el banano y movilizaron los trenes. Los trabajadores, que hasta entonces se habían conformado con esperar, se echaron al monte sin más armas que sus machetes de labor, y empezaron a sabotear el sabotaje. Incendiaron fincas y comisariatos, destruyeron los rieles para impedir el tránsito de los trenes que empezaban a abrirse paso con fuego de ametralladoras, y cortaron los alambres del telégrafo y el teléfono. Las acequias se tiñeron de sangre. (...)

Leído el decreto, en medio de una ensordecedora rechifla de protesta, un capitán sustituyó al teniente en el techo de la estación, y con la bocina de gramófono hizo señas de que quería hablar. La muchedumbre volvió a guardar silencio.

-Señoras y señores -dijo el capitán con una voz baja, lenta, un poco cansada-, tienen cinco minutos para retirarse.

La rechifla y los gritos redoblados ahogaron el toque de clarín que anunció el principio del plazo. Nadie se movió.

-Han pasado cinco minutos -dijo el capitán en el mismo tono-. Un minuto más y se hará fuego.

José Arcadio Segundo, sudando hielo, se bajó al niño de los hombros y se lo entregó a la mujer. «Estos cabrones son capaces de disparar», murmuró ella. José Arcadio Segundo no tuvo tiempo de hablar, porque al instante reconoció la voz ronca del coronel Gavilán haciéndoles eco con un grito a las palabras de la mujer. Embriagado por la tensión, por la maravillosa profundidad del silencio y, además, convencido de que nada haría mover a aquella muchedumbre pasmada por la fascinación de la muerte, José Arcadio Segundo se empinó por encima de las cabezas que tenía enfrente, y por primera vez en su vida levantó la voz.

- ¡Cabrones! -gritó-. Les regalamos el minuto que falta.

Al final de su grito ocurrió algo que no le produjo espanto, sino una especie de alucinación. El capitán dio la orden de fuego y catorce nidos de ametralladoras le respondieron en el acto. Pero todo parecía una farsa. Era como si las ametralladoras hubieran estado cargadas con engañifas de pirotecnia, porque se escuchaba su anhelante tableteo, y se veían sus escupitajos incandescentes, pero no se percibía la más leve reacción, ni una voz, ni siquiera un suspiro, entre la muchedumbre compacta que parecía petrificada por una invulnerabilidad instantánea. De pronto, a un lado de la estación, un grito de muerte desgarró el encantamiento: «Aaaay, mi madre.» Una fuerza sísmica, un aliento volcánico, un rugido de cataclismo estallaron en el centro de la muchedumbre con una descomunal potencia expansiva. José Arcadio Segundo apenas tuvo tiempo de levantar al niño, mientras la madre con el otro era absorbida por la muchedumbre centrifugada por el pánico.

Muchos años después, el niño había de contar todavía, a pesar de que los vecinos seguían creyéndolo un viejo chiflado, que José Arcadio Segundo lo levantó por encima de su cabeza, y se dejó arrastrar, casi en el aire, como flotando en el terror de la muchedumbre, hacia una calle adyacente. La posición privilegiada del niño le permitió ver que en ese momento la masa desbocada empezaba a llegar a la esquina y la fila de ametralladoras abrió fuego.

Varias voces gritaron al mismo tiempo:

- ¡Tírense al suelo! ¡Tírense al suelo!

Ya los de las primeras líneas lo habían hecho, barridos por las ráfagas de metralla. Los sobrevivientes, en vez de tirarse al suelo, trataron de volver a la plazoleta, y el pánico dio entonces un coletazo de dragón, y los mandó en una oleada compacta contra la otra oleada compacta que se movía en sentido contrario, despedida por el otro coletazo de dragón de la calle opuesta, donde también las ametralladoras disparaban sin tregua. Estaban acorralados, girando en un torbellino gigantesco que poco a poco se reducía a su epicentro porque sus bordes iban siendo sistemáticamente recortados en redondo, como pelando una cebolla, por las tijeras insaciables y metódicas de la metralla. El niño vio una mujer arrodillada, con los brazos en cruz, en un espacio limpio, misteriosamente vedado a la estampida. Allí lo puso José Arcadio Segundo, en el instante de derrumbarse con la cara bañada en sangre, antes de que el tropel colosal arrasara con el espacio vacío, con la mujer arrodillada, con la luz del alto cielo de sequía, y con el puto mundo donde Úrsula Iguarán había vendido tantos animalitos de caramelo.

Cuando José Arcadio Segundo despertó estaba boca arriba en las tinieblas. Se dio cuenta de que iba en un tren interminable y silencioso, y de que tenía el cabello apelmazado por la sangre seca y le dolían todos los huesos. Sintió un sueño insoportable. Dispuesto a dormir muchas horas, a salvo del terror y el horror, se acomodó del lado que menos le dolía, y sólo entonces descubrió que estaba acostado sobre los muertos. No había un espacio libre en el vagón, salvo el corredor central. Debían de haber pasado varias horas después de la masacre, porque los cadáveres tenían la misma temperatura del yeso en otoño, y su misma consistencia de espuma petrificada, y quienes los habían puesto en el vagón tuvieron tiempo de arrumos en el orden y el sentido en que se transportaban los racimos de banano. Tratando de fugarse de la pesadilla, José Arcadio Segundo se arrastró de un vagón a otro, en la dirección en que avanzaba el tren, y en los relámpagos que estallaban por entre los listones de madera al pasar por los pueblos dormidos veía los muertos hombres, los muertos mujeres, los muertos niños, que iban a ser arrojados al mar como el banano de rechazo. Solamente reconoció a una mujer que vendía refrescos en la plaza y al coronel Gavilán, que todavía llevaba enrollado en la mano el cinturón con la hebilla de plata moreliana con que trató de abrirse camino a través del pánico. Cuando llegó al primer vagón dio un salto en la oscuridad, y se quedó tendido en la zanja hasta que el tren acabó de pasar. Era el más largo que había visto nunca, con casi doscientos vagones de carga, y una locomotora en cada extremo y una tercera en el centro. No llevaba ninguna luz, ni siquiera las rojas y verdes lámparas de posición, y se deslizaba a una velocidad nocturna y sigilosa. Encima de los vagones se veían los bultos oscuros de los soldados con las ametralladoras emplazadas.

...Debían ser como tres mil -murmuró.

- ¿Qué?

-Los muertos -aclaró él-. Debían ser todos los que estaban en la estación.

Gabriel García Márquez, Cien años de soledad